

no por ello deja de marchar unido y compacto en son de guerra; y bástanos ver, que todos sus golpes se dirigen contra la Iglesia, para convencernos, que milita bajo las banderas de Satanás.

El cristiano debe comprender, que en la actualidad, es absolutamente necesario, no solo mantenerse atejado de las cavernas masonicas, sino tambien separarse resueltamente de la secta, en todos los actos de la vida publica y privada: mientras no se com-

prenda esta verdad, Dios, en su misericordia, no hará más que redoblar sus castigos, hasta que los extraviados y los ciegos, vuelvan á él; pues es necesario, que el campamento cristiano se reorganice, para que el mundo eterno triunfe del mundo moderno.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 6 de Octubre 1871.)

CONSEJOS Y CONSEJEROS:

LA GUERRA CONTRA DIOS.

«Nos estais siempre predicando; vuestros artículos, atestados de textos sagrados, son verdaderos sermones, que si pueden ser escuchados con gusto en una iglesia, leídos en un diario, chocan, y aún nos fastidian; además, insistis excesivamente sobre ciertos puntos, entre otros, sobre los deberes de los católicos.

«Habeis conseguido casi amedrentarnos; cuando los fieles tienen una necesidad apremiante de que se les aliente, para abrir su corazón á la esperanza, es preciso facilitarles el camino de ejercitar su fe, y no cerrárselo con excesivas exigencias.»

No se crea, que estas observaciones nos vienen del campo enemigo; proceden del campo en que militamos; los que tal lenguaje nos dirigen, son amigos, personas que vemos en la Iglesia, ruegan por el Santo Padre, y hasta ofrecen, con frecuencia, el obolo de San Pedro; personas, en fin, que nadie distinguiría de los católicos verdaderos y dignos de este nombre..... sin ese modo de expresarse.

Sin embargo, ese lenguaje es anticristiano.

En efecto; en el corto párrafo en que acabamos de transcribir con toda fidelidad las palabras de esos católicos, se resume todo el programa de la secta, que ha jurado la ruina de la Iglesia. Juzguese de los progresos espantosos que ha hecho la secta maldita, y de los estragos, que no ha cesado de producir por su influencia secreta, pero perseverante, en todas las conciencias, despues de conocido ese simple hecho; en el cual se descubre la quinta esencia de su maldicia en labios cristianos, que se creen cristianos buenos, y cuya fe, en ciertos puntos,

llega hasta el heroísmo; puesto que emplean con una generosidad, que nunca se alabará bastante, parte de su fortuna, en socorro del Vicario de Jesucristo.

¿Qué pretende la secta? Desterrar, por do quiera, el nombre de Dios; y persuadirnos, de que la política, y aún la excelente política, ninguna necesidad tiene de él, y aún puede obrar contra él. Procura arrancarnos de las manos los Libros Santos, afirmando por su honor, que no son otra cosa que fábulas, buenas, á lo más, para hacer dormir á los niños.

Tal es, poco más ó ménos, lo que nos dicen nuestros consejeros, y este es el resultado práctico de sus consejos: ellos pretenden, que obremos en perfecto acuerdo con los deseos de la secta. Por lo demás, los órganos de ella, se han anticipado para formar la gran corriente de la opinion pública alea. Los amigos que nos dirigen consejos, se dejan arrastrar por esa corriente, sin sospecharlo siquiera, y, naturalmente, les disgusta leer un periódico, que se opone á la invasion dominante.

¡Oh hijos de la luz, ménos intrépidos siempre que los hijos de las tinieblas! Vosotros suspirais por el triunfo de una política cristiana, y, no obstante, viérais con placer, que nos empenáramos en una polémica, en la cual no se tratase ni de Dios, ni de las Santas Escrituras!

¡Ah! tenedlo bien entendido: no se reedificará nada en el órden social, mientras nosotros, católicos, privilegiados con el bello nombre de pueblo escogido, no destruyamos el funesto hábito de ruborizarnos de Cristo, y de transigir con la secta anticristiana-

na. La sola política que salva las naciones, es la que recibe las inspiraciones de Jesucristo, y cuya base son las enseñanzas de los Libros Santos, que la Iglesia nos ha conservado y nos explica; fuera de esta política, se va por entre tinieblas hacia las sombras de la muerte.

La verdad que se predica en las Iglesias—y que nuestros consejeros escuchan con gusto en ellas,—no se diferencia de la que con todas nuestras fuerzas defendemos en las columnas del *Journal de Florence*. ¿Por qué, pues, ha de desagradar aquí, lo que allí gusta? Es porque la secta no va a sorprender al fiel en la Iglesia, donde le deja en plena libertad, con la condición, empero, de que fuera de ella, obre conforme a sus inspiraciones y mandatos. Aplicar esa verdad á los acontecimientos de la historia, hacerla accesible á todos para su gobierno en los actos de la vida pública y privada, recordar que no se puede ser cristiano en la Iglesia, y antieristiano en la calle; es desobedecer los mandatos de la secta, oponerse á sus designios, y hacer penosa á una masa de católicos la profesión de su fe.

Se engañan lastimosamente nuestros consejeros, cuando, al parecer, creen, que está en nuestra mano alentar ó desalentar á los católicos. Tal empresa es muy superior á nuestras fuerzas, y dudamos, con razón, que haya quien se atreva á ensayarla. Jesucristo vino á establecer las reglas de la vida cristiana; y él es quien nos alienta, prometiendo á los que observen sus preceptos, la bienaventuranza eterna del paraíso; y quien nos desalienta, amenazándonos, si los infringimos, con los suplicios eternos del infierno.

¿Que otro aliento, ni desaliento pudieran nosotros inventar? Nuestra gloria consiste, en atenernos á lo que Cristo nos ha enseñado. Si él hubiese dicho á los Apóstoles: «Id, y celebrad misas: cuantos asistáis á ellas, se salvarán;» repetiríamos con él á nuestros lectores: «asistid á la misa, y esto bastará para salvaros.» Mas á él le plugo decir: «Id y predicad todo lo que yo os he enseñado;» y nosotros no podemos menos que repetir á nuestros lectores: «es preciso obedecer sus enseñanzas.»

En las épocas en que la fe está en decadencia, los preceptos de Jesucristo, Señor nuestro, parecen duros á nuestra naturaleza corrompida por el pecado original, y, por ende, muy tenerna—y la época actual, sin

contradicción, es una época de decadencia en la fe, tal como no se ha visto nunca. Empero, no hay autoridad en el mundo que tenga el poder de variar en lo más mínimo las enseñanzas de Cristo. *Agere et pati* era la divisa del cristiano de los tiempos apostólicos; *agere et pati* es lo que ha recomendado Pio IX á los fieles en su último discurso. Y nosotros repetimos con Jesucristo y con Pio IX, que *agere et pati* es la misión del cristiano en la tierra.

En nuestros días, se ha formado una escuela, que se cree muy prudente, obrando, de una manera diametralmente opuesta á la de los primeros cristianos. Nadie ignora lo que á estos les pedían los proconsules romanos; ellos les decían: «vuestra nueva doctrina es un escándalo para el pueblo, y es preciso repararlo. Quemad un poco de incienso en público á los simulacros de Júpiter, de Minerva ó de Venus, y os dejaremos perfectamente libres de creer en vuestro Dios, y aún de adorarle en el secreto de vuestro hogar.» Y los primitivos cristianos, en respuesta á los proconsules, derribaban el simulacro, pagando luego con su sangre acto tan heroico.

No así, por cierto, obran los hombres de la nueva escuela ultra prudente, y maestra consumada en los juegos de equilibrio: ellos dicen para consigo: «permanezcamos católicos en el santuario de nuestra conciencia, y aún en el recinto de un templo; mas, en público, confundámonos con la secta, que triunfa; leamos sus periódicos, aceptemos sus máximas, no desaprobemos todo lo que hace. Ella confiere los empleos, distribuye las prebendas, dirige y resuelve los negocios; juntémonos, pues, con ella, en la plaza y en la calle, y tributemos á Dios un culto oculto: con él se dará por contento.»

Este sistema de prudencia filosófica es, sin duda, en alto grado utilitario y cómodo; pero dista mucho de llenar su objeto: los que lo siguen, creen eximirse de trabajos y padecimientos; y, en efecto, se niegan á ejercer ninguna influencia cristiana en la sociedad, para sustraerse de las tribulaciones, que su profesión de fe pudiera acarrearles; mas tengan en cuenta, que si ellos rehusan *agere et pati* por Cristo, quedan, por lo mismo, condenados á *agere et pati* por el Anticristo y por la secta.

Con efecto; apenas el principio cristiano desaparece de la vida pública, el edificio so-

cial se agrieta, se desploma y se convierte en ruinas. Los gobiernos ya no tienen los medios de salvar el orden, y no pueden ejercer ninguna acción tutelar sobre los pueblos que les están confiados: es preciso que el individuo, ocupando aceleradamente el lugar del gobierno, se proteja á sí mismo. Es necesario obrar, y obrar con sobresalto continuo, con el corazón angustiado; pero obrar sin tregua, sin descanso: obrar, para obtener la protección de los poderosos; obrar, para defenderse de las intrigas de los rivales; obrar, para ser reputado de los hijos que se han rebelado contra la autoridad paternal; obrar para protegerse contra la canalla, que amenaza vuestra propiedad; obrar, contra los escamoteadores de arriña y los ladrones de abajo; contra el petróleo, contra los molinos, contra la ruina, que está siempre suspendida sobre la cabeza.

Y si es preciso obrar—para no perecer—preciso es también sufrir, y sin mucha confianza de salvarse; hay que sufrir las injusticias, los impuestos, que se llevan la mitad, á lo menos, de vuestras rentas; las villanías de los administradores de la cosa pública, y los abusos de confianza de los administradores de vuestros bienes privados; hay que sufrir las guerras injustas, las costumbres inmorales, el bandolerismo; hay que pagar el rescate, y sufrir el ruido y la excesiva libertad de una prensa desenfadada, que puede exponeros á la vergüenza pública cuando bien le parezca.

Agere et pati, si bien se considera, es, pues, el resumen de la vida del hombre; y aquellos que hacen mayores esfuerzos para eximirse de esta cruel necesidad, solo consiguen empeorar su condición. Luego, es preferible, aún mirándolo bajo el punto de vista humano, obrar y sufrir para mantener el orden social cristiano, que no unirse con los que quieren demolerlo.

Si esta conclusión pudiese infundir aliento para permanecer fieles á la ley de Cristo, medítela bien, tanto los que pertenecen á la nueva escuela, como nuestros consejeros.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

Journal de Florence, 13 de Octubre 1874.)

Insertamos á continuación la excelente Carta, que, en vista del artículo precedente,

dirigió al Director del *Journal de Florence*, el R. Esteban Apicella, colaborador de la docta Revista de Nápoles: *Scienza e fede*.

LA GUERRA CONTRA DIOS.

Cava de Tirreni, 15 de Octubre, 1874.

M. J. E. de Camille,
Director del *Journal de Florence*.

Vuestro primer artículo del 13 de los corrientes, titulado: *Consejos y consejeros* ha puesto el dedo en la llaga; es imposible resumir mejor de lo que vos lo habeis hecho, las observaciones, diré mejor, las críticas, que han surgido en nuestro mismo campo, contra la manera especial con que vos defendeis la causa de la verdad en las columnas de vuestro excelente periódico. Se escuchan con mucha atención los discursos de Su Santidad; que siempre exaltan; pero á condición, de olvidarlos muy en breve. Un periódico, que uno y otro día, repite las enseñanzas que salen de los labios del Vicario de Jesucristo, y las aplica á los sucesos políticos, es una carga harto pesada para muchas conciencias se dicentes católicas.

Por desgracia, el espíritu del mal ha invadido de tal suerte el mundo, que, hasta aquellos que debieran ser sus más decididos adversarios, se someten, casi sin aperebirse de ello, á sus mandatos. Hoy día, como vos lo habeis demostrado hasta la evidencia, se quiere «desterrar á Dios de todas partes.» La guerra está declarada, guerra encarnizada contra Dios y todo cuanto pueda recordar siquiera su nombre; y, por lo tanto, guerra contra Cristo y su Iglesia. La lucha no es de hoy, data de lejos; pero en los tiempos pasados, no se atacaba á Dios sino indirectamente: negábase tal ó cual verdad; se propagaba tal ó cual escuela, como nuestros consejeros, especialmente religiosa. Reservado estaba á nuestros tiempos, el atrevido á atacar directamente al Omnipotente. Pretendiese demoler la pirámide religiosa y social, erigida por los siglos, y demolerla, principiando por la cúspide, donde está sentado el Eterno.

Guera insensata, á la cual todo lo del mundo presta su contingente! Instituciones, legislación, enseñanza; todos los errores se han puesto bajo la égida del mundo moderno. Pero el error dominante, el que organiza y dirige todas las falanges, es el racionalismo, esto es, la independencia absoluta del hombre de toda verdad revelada, la proclamación del nuevo dogma: el hombre se basta á sí mismo.

Es desgracia, y desgracia imponderable, que todos los católicos no hayan todavía abierto los ojos acerca de tan lamentable situación! No se atreven á declararse hostiles al espíritu del siglo, y más de uno hay, que acusan de exageración todo lo que le dicen cuantos les gritan: ¡alerta!

Y cuéntese, que esos católicos, á que me refiero, no dejan, con harta frecuencia, de tributar elogios á los enemigos de la Iglesia, especialmente, cuando estos se cubren con la máscara de una moderación hipocrita: sin la menor dificultad, se prestan á propagar sus obras, y se manifiestan tan indulgentes y dispuestos á transigir con los que trabajan en derribar el edificio cristiano, como acres y severos con los que le defienden. Desean permanecer católicos, pero con ciertos miramientos á las exigencias de los tiempos; quisieran obrar como verdaderos creyentes, pero sin chocar con los enemigos de la fé; admiten, que puede predicarse; pero solo en el recinto de la Iglesia, en ciertas horas determinadas, y de manera que no se lastime la susceptibilidad de la raza de libres pensadores.

«¿Qué queréis? dicen esos católicos: vivimos en tiempos excepcionales, y nos es preciso conceder algo al siglo en que se vive. Además, un día u otro, Dios hará un milagro contra nuestros perseguidores, y nos facilitará la libre profesión de nuestra fé.» Pero qué hemos de hacer, mientras no llega este tiempo? Entretanto, según ellos, lo mejor es abrir cada vez más las puertas al espíritu del mal, para que pueda entrar libremente por todas partes. Tal es la consecuencia lógica de su conducta. Ellos se guardan bien de sacarla; mas no por eso deja de ser menos real.

Otro de los deberes más apremiantes de la caridad, en estos momentos de tinieblas, es ilustrar á esos ciegos, que se alimentan de ilusiones, hasta creer, que podrá oponerse un dique al torrente devastador, con mira-

mientos, conciliaciones y concesiones. Este deber, vos, lo llenais, Sr. Director; que Dios os bendiga y os conceda el valor necesario para llevar á cabo vuestra empresa tan importante!

Pues si la mision caritativa, que os habeis impuesto, excita recriminaciones, con ello adquiris una prueba de que habeis puesto el dedo en la llaga, y que aplicais á ella el bisturi. Permittedme, que yo venga en vuestro auxilio, añadiendo algunos documentos á los que vos habeis ya producido, para probar á esos cristianos extraviados, que la guerra, hoy, se hace abiertamente contra Dios.

Pudiera yo decirles: «queréis asegurarnos de esta verdad? Entrad en cualquiera de las universidades de Europa; y hallareis, que, con raras excepciones, en todas ellas se enseña el materialismo, ó, al menos, las dos doctrinas que á él conducen: el racionalismo y el positivismo. Penetrad en los Parlamentos: si el nombre de Dios resuena alguna vez en ellos, es para abofetearle ó ultrajarle. Obervad lo que pasa en los tribunales: el Dios de la justicia y de la inocencia, lejos de ser invocado, es allí desconocido. El abogado, el juez, el magistrado, se avergüenzan, al parecer, de Cristo; y muchísimos católicos juzgan prudente, no pronunciar nunca este nombre en el santuario de Temis. Prescindamos, empero, de todo eso, y atengámonos á un solo hecho.

En 1866, Mons. Dupanloup, publicó una *Carta sobre las desgracias y los signos de los tiempos*: esta publicacion levanto los clamores de una parte considerable de la prensa, solo porque en esas páginas elocuentes, el Obispo de Orleans afirmaba, que Dios y su justicia gobiernan el mundo. He aquí una breve muestra de las calificaciones que mereció esa obra. «Un monstruoso ultraje al buen sentido.—Una acumulacion de incoherencias y de absurdidades.—No sé qué semejanza á la presencia de un ebrio, muy á propósito para hacer aborrecible la embriaguez.—La fantasmagoría de un Dios brutal.» (*La Gironda*, 14, 18 Octubre.)—«Un llamamiento á las supersticiones—á las preocupaciones de las mujeres sencillas, y de los chinos—un negocio de Almanaque.» (*Revue des deux Mondes*, 1.º de Octubre.)—«Una carnicería de libres pensadores.» (*La Libre Pensée*, 28 Octubre.)—«Un viejo tema ya gastado.» (*La Morale independante*, 11 Noviembre.

bre.—«Un blasfemo.» (*Le Courrier Français*, 14 Octubre.)—«Una resurreccion del viejo Jehová.»—Y hablando del Dios de los cristianos, «Ha pasado su tiempo, se vá, desaparece á simple vista.» (*Le Temps*, 18 Octubre.)—«Hágase lo que se quiera, el materialismo invade la ciencia moderna. Según su doctrina, ya no hay Dios, en el mundo, ni alma en el hombre.» (*Revue Médicale*, 15 Febrero 1866.)—«Las antiguas instituciones, escogian, entre ceder, ó morir.» (*Journal des Débats*, 13 Abril.)—«Ya no se trata de la cuestion entre la religion católica y la protestante, sino entre los libre-pensadores y los sectarios de todas las religiones positivas.» (*Avenir National*, 23 Octubre.)—Y sobre el mismo tono discurren *El Progrés de Lyon*, *la Independance Belge*, *el Journal de Rouen* y otros muchos.

El infatigable Prelado debía responder, como respondió, para sostener sus afirmaciones: publicó otro libro—en mi concepto la fotografia más perfecta de la sociedad moderna—bajo el título: *El ateísmo y el peligro social*. En esta obra—que yo quisiera ver en manos de todos los católicos, que todavía no han acertado á comprender toda la malicia del mundo moderno—monseñor Dupanloup, acumula pruebas de tal naturaleza, que nadie puede menos de reconocer, que la sociedad está en guerra abierta contra Dios:

Empero ¿á qué cansarnos en aducir pruebas, para confirmar esa triste verdad, en la hora funebre á que hemos llegado? Un Prudhon, un Michelet, un Carducci, profesor de la universidad de Bolonia ¿no han cantado, en diferentes tonos, himnos á Satanás?

En un congreso celebrado publicamente en Lieja, ¿no se ha jurado, con entusiastas canciones, guerra implacable á Dios? El último viernes santo, Hasselmann, socialista alemán, no exclamó: «Cristo está difunto, y difunto para siempre?» Y cuando, en fin, al siglo que se dedicó completamente á reirse del mundo sobrenatural, le sucede el siglo del magnetismo, y del espiritismo, esto es, el culto de Satanás; ¿vacilaremos todavía, en reconocer, que nos hallamos en presencia del esfuerzo supremo de las potestades infernales, para arrebatrar al hombre todo conocimiento de su Criador?

Concluyo, señor Director, afirmando, que si los enemigos de Jesucristo se han declarado en guerra abierta contra él, los amigos de Jesucristo deben combatir con resolución: cuando dos ejércitos están en presencia uno de otro, dispuestos á la lucha, el soldado que vacila, se oculta, ó entra en tratos con los soldados del campo opuesto, es un traidor. Nosotros, que militamos bajo el estandarte de Cristo, debemos por doquiera, y siempre, lejos de ruborizarnos de su nombre, hablar de Dios, de la Iglesia, citar los Santos Libros; y por último, sostener, á todo precio de nuestra vida, la política cristiana, la única que puede salvar la sociedad. Así, pues, si alguno de vuestros lectores os censura, que predicáis demasiado, permittedme, á mi vez, que os diga reiteradamente: «continua predicando, predica siempre.»

ESTERAN APICELLA, PRESBITERO.

(*Journal de Florence*, 20 de Octubre 1874.)